



MAYO - 2025 - Nº190

Adoradores

**Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.**



En la hora santa:

Trasladémonos al Getsemaní, y tratemos de sondear el abismo de dolores en que en este momento se sumerge el Corazón de Jesús. Pag. 16 a 18



Caridad eucarística:

La Eucaristía es prenda y prueba del amor de Jesús a los hombres. Pag 8 y 9



Un santo con un sello personal eucarístico:

San Juan de Ávila celebraba la Eucaristía sin prisas y, a veces, con lágrimas. P. 20 y 21

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



Don precioso del cristiano

La cruz de Cristo es preciosa y vivificante

Este madero, en el que el Señor, cual valiente luchador en el combate, fue herido en sus divinas manos, pies y costados, curó las huellas del pecado y las heridas que el pernicioso dragón había infligido a nuestra naturaleza.

Si al principio un madero nos trajo la muerte, ahora otro madero nos da la vida: entonces fuimos seducidos por el árbol: ahora por el árbol ahuyentamos la antigua serpiente. Nuevos e inesperados cambios: en lugar de la muerte alcanzamos la vida; en lugar de la corrupción, la incorrupción; en lugar del deshonor, la gloria.

No le faltaba, pues, razón al Apóstol para exclamar: Dios me libre de gloriarme, si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Pues aquella suprema sabiduría, que, por así decir, floreció en la cruz, puso de manifiesto la jactancia y la arrogante es-

tupidez de la sabiduría mundana. El conjunto maravilloso de bienes que provienen de la cruz acabó con los gérmenes de la malicia y del pecado.

Las figuras y profecías de este leño revelaron, ya desde el principio del mundo, las mayores maravillas. Mira si no, si tienes deseos de saberlo: ¿Acaso no se salvó Noé de la muerte del diluvio, junto con sus hijos y mujeres y con los animales de toda especie, en un frágil madero?

Con la cruz sucumbió la muerte, y Adán se vio restituido a la vida. En la cruz se gloriaron todos los apóstoles, en ella se coronaron los mártires y se santificaron los santos. Con la cruz nos revestimos de Cristo y nos despojamos del hombre viejo; fue la cruz la que nos reunió en un solo rebaño, como ovejas de Cristo, y es la cruz la que nos lleva al aprisco celestial.

San Teodoro Estudita



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



ADORADORES

pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augustísimo sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos,

a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición
antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo
de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a
amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte,
vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te
adore constantemente y lo hagas más agradable a tus
divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine



Caridad eucarística

Continuamos con las reflexiones de san Pedro Julián Eymard.

La Eucaristía es prenda y prueba del Amor de Jesús a los hombres. Tras haberles dado todo, se dio a sí mismo; se entregó a su servicio, poniéndose a su disposición.

La caridad de Jesús sacramentado para con el prójimo es dulce, paciente y benéfica.

Caridad Dulce

Dulce para con todos, y señaladamente con los pobres, los que sufren, las gentes groseras, a quienes recibe con bondad y amor, como un buen padre recibe a sus hijos, como José recibió a sus hermanos y un amigo acoge a otro amigo.

Así, la caridad de un adorador debe ser dulce, afable, graciosa y amable, que lo que con esto hará será imitar por manera harto ruin y bien imperfectamente la manera de tratar Jesús a ella.

¡Cuán dulce y buena era María en el cenáculo! ¡Con qué bondad acogía a cada uno y qué contentos salían de ella todos!

Caridad paciente

Jesús atiende con dulce paciencia a sus siervos, a sus hijos, pasa noches y días aguardándolos, y cuando se le acercan, los acoge con bondad, sin reproches, sin frialdad y sin acritud.

Del mismo modo, debemos nos-

otros ser pacientes, soportando con igual humor los diversos temperamentos con quienes vivimos, aun aquellos que nos son antipáticos.

Debe compadecerse de las miserias e imperfecciones del prójimo, sufrirlas con humildad, corregirlas con prudencia o cubrirlas con el manto de la caridad, si no puede o no debe corregirlas.

Caridad benéfica

Jesús hace bien a cuantos se le acercan, y aun sale a su encuentro. Quisiera hacer mucho bien a sus enemigos.

A imitación suya, la caridad de nosotros debe ser benéfica, olvidándose de sí para pensar en los demás y privándonos nosotros para aliviar a los demás; escogiendo para sí lo menos bueno, hermoso y honroso y dejando lo mejor al prójimo, al que debemos mirar como superiores.

Deseando al prójimo mayores bienes que a nosotros mismos por tenernos como indignos e incapaces de sacar el debido provecho de esos beneficios.

Alegrándose muy sinceramente del bien, de las virtudes y del feliz éxito de los demás, gozando de que Dios tenga por lo menos algunas almas buenas a su servicio.

Pero si se quiere tener para con el prójimo la caridad de Jesús, hay que ver en él a Jesús, la gracia, el amor, la santidad y las infinitas misericordias

de Jesús; hay que tapar la cara humana de nuestros hermanos con la imagen de Jesús. “Cuanto hicieren al menor de mis hermanos, a mí me lo hacen”, dijo el Salvador.

Jesús Víctima

En su estado sacramental Jesús ha escogido la calidad de víctima, de hostia, por ser la que mejor cuadra a su amor al Padre y a nosotros. Jesús víctima, he ahí el modelo de un adorador.

Víctima ante el Padre

Jesús, hostia inmolada, siempre se encuentra en estado de víctima ante el trono de Dios Padre: “Vi, dice san Juan, al cordero como inmolado” (Ap 5, 6).

Merced a este estado de víctima Jesús ofrece incesantemente al Padre los sufrimientos del calvario. Muéstrale las llagas abiertas, las manos y los pies traspasados, el corazón herido, la sagrada cabeza coronada con cicatrices de la corona de espinas.

Asimismo, nosotros debemos ser una misma víctima con Jesús en el mismo altar de inmolación, continuando en su cuerpo los sufrimientos que Jesús ya no puede padecer en su carne glorificada.

Sufriendo en su corazón el dolor, la agonía que el deífico en su Corazón beatificado no puede ahora sufrir al ver los crímenes y pecados de los hombres, mayormente al ver cómo se



“Es preciso que cada sentido, cada facultad y cada miembro les una a Jesús hostia y les inmole en el mismo altar”.

alejan los hombres de la única fuente de salvación.

Llorando, derramando amargas lágrimas a la vista de Jesús abandonado, despreciado y crucificado por sus mismos hijos, por aquellos a quienes más ha honrado y amado.

Toda la humana naturaleza de Jesús fue materia, víctima y holocausto del sacrificio. Es preciso que cada sentido, cada facultad y cada miembro les una a Jesús hostia y les inmole en el mismo altar.



Pobreza eucarística

El autor nos propone meditar en nuestro corazón la presencia real de Jesús sacramentado y mirarle con amor.

La virtud que debe descollar en la vida de un adorador es la fe eucarística.

Esta fe viva es una gracia insigne; hay que pedirla con instancia. Es una virtud, y una virtud fundamental, por lo que un adorador tiene que ejercitarse de continuo en la fe, en la virtud de la fe y en el espíritu de la fe eucarística.

Creer que está

La fe eucarística consiste en creer, conforme a lo que enseña la Iglesia católica, que Jesucristo está verdadera, real y sustancialmente presente bajo las especies sacramentales.

Esta fe es y obra en nosotros la vida de Jesucristo, templado, velado, oculto bajo las santas especies, cual sol apercebido a través de una nube, cual un amigo disfrazado para probarnos.

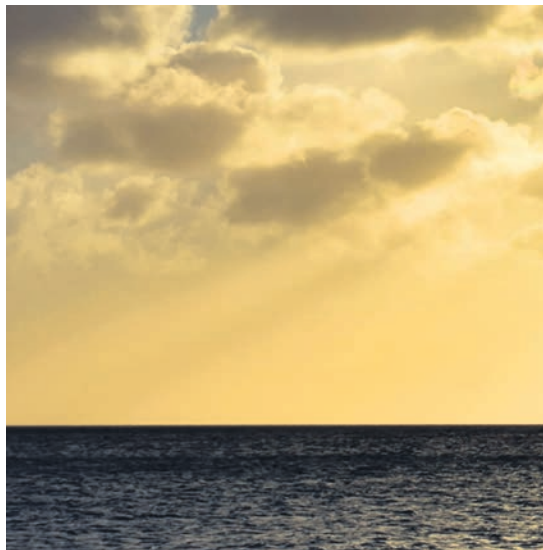
Una mirada de la gracia

El alma de fe ve de veras a Jesús con una mirada interior de la gracia, y esta vista espiritual no se limita a un objeto exterior, a formas determinadas y limitadas, sino que comprende a todo Jesús, su divinidad y humanidad santísima, todas sus adorables perfecciones, toda su bondad, todo su amor y toda su incomparable hermosura, por lo menos hasta donde es posible a la nati-

va flaqueza y limitado poder de un viandante en la tierra.

Se parece esta eucarística vista a la visión de Dios en el cielo. Así como mediante ésta aparece Dios cada vez más amable, grande y hermoso ante las beatíficas miradas de los santos, de igual modo también Jesús se muestra al alma adoradora cada vez más nuevo, cariñoso, tierno y amable. A lo cual es debido el ser la contemplación eucarística siempre nueva y cada vez más inagotable, procediendo de claridad en claridad, de virtud en virtud y de perfección en perfección.

Por eso el pensamiento de Jesús sacramentado llena toda el alma y abarca toda la vida. Sin salir de su centro, por esta idea motriz dirige el alma a todas





las demás ideas, que son como rayos que no se separan de su llama ni del sol que los produce.

De ahí que, el alma eucarística disfrute siempre de paz por lo mismo que goza de unidad de pensamientos, y por ende, de amor y de vida.

Una visión de amor

La visión de la Eucaristía es una visión de tierno y respetuoso amor. El amor fue causa de que los discípulos de Emaús descubrieran a Jesús. El amor es la luz eucarística que, atravesando las nubes, conduce el alma a los pies de Jesús, toca el borde de su vestido y como san Juan le reconoce sobre las olas.

Y el amor, que ha reconocido a Jesús, muy luego se echa a sus pies por respeto, como hizo la Magdalena, como hizo san Pedro.

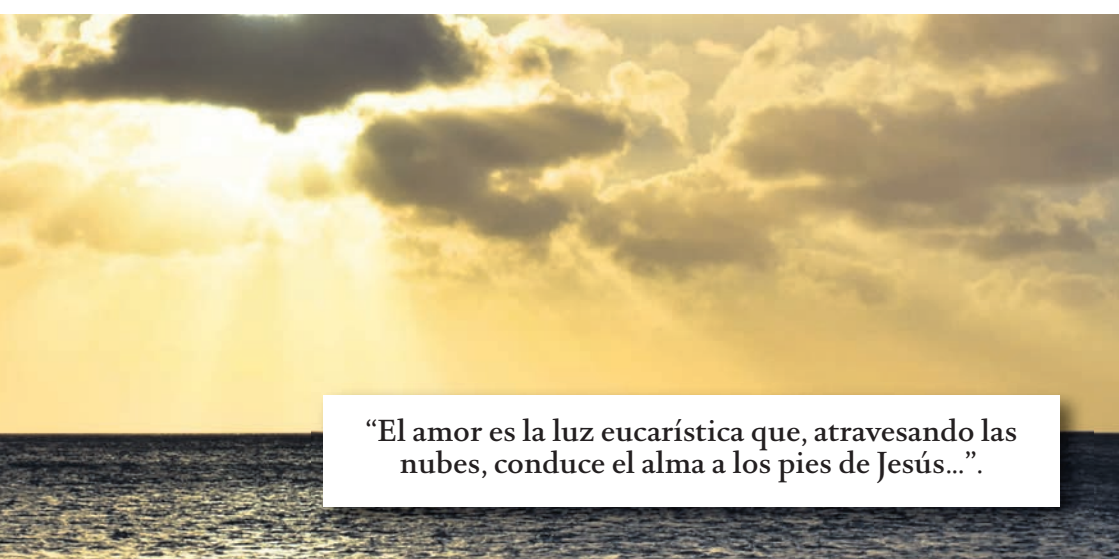
El alma eucarística se abre primero y se lanza luego hacia el amado, y al punto ve en Él a su rey y la majestad

de su Dios; un santo respeto se apodera de ella y casi no se atreve a adelantarse; menester es que el mismo Jesús le atraiga, le llame y le diga estas hermosas palabras: “Ven a mí, que yo te consolaré; ven, esposa mía y amada de mi corazón; entra en las despensas de mi divina caridad”.

Se olvida el alma entonces de que se encuentra en medio de ruidos, en medio del mundo; ya no se da cuenta, por decirlo así, de que tiene un cuerpo, una cadena que la sujeta a la tierra, porque se encuentra toda en el Amado. Tal es el fruto sabroso de la visión eucarística de Jesús, el encontrar el alma al Amado.

La fe eucarística es, por consiguiente, la ciencia y la visión espiritual de Jesucristo en el santísimo Sacramento; es una participación de la visión de los santos en la gloria.

¡Oh, qué visión más deliciosa y beatificante ésta de la fe en Jesús sacramentado! ¡Qué contemplación más dulce la de Jesús oculto por amor!



“El amor es la luz eucarística que, atravesando las nubes, conduce el alma a los pies de Jesús...”.



Virtud eucarística

Impregnemos nuestras vidas con la presencia de Jesús sacramentado para tratarle con el mayor de los respetos.

“La fe nos muestra a Jesucristo no solamente como Dios de majestad, sino también como Dios de bondad, como manantial de toda gracia...”.



No debe el alma quedarse con la simple visión, sino que debe vivir de la virtud de la fe eucarística, la cual consiste en el respeto, en la piedad, en la devoción a Jesús Eucaristía.

Respeto eucarístico

La fe me muestra a Jesús como san Juan Bautista lo mostraba a los judíos, pero a Jesús resucitado, glorioso y majestuosamente sentado como Dios en su trono.

¡Oh, si me fuera dado ver la gloria de Jesús en el santísimo Sacramento, gloria muy real y verdadera, si bien oculta a mis ojos débiles y enfermos! ¡Qué majestad la suya, qué poder, qué grandeza! Tanto, que quedaría oprimida bajo tamaña realidad, me consumiría bajo la acción de este sol deslumbrador.

¡Qué invisible corte más magnífica rodea a su trono! Lo forman millones de ángeles y santos que, postrados en tierra, adoran al cordero inmolado y celebran con transportes sus alabanzas, ensalzando su bondad y su misericordia y cantando su triunfo.

Con el pensamiento y la visión de este espectáculo celestial, el alma se siente penetrada de santo temblor y de respetuoso silencio; el primer acto de su fe es postrarse a los pies del rey celestial y humillarse y anonadarse en alguna manera como san Juan en el Apocalipsis a la vista del Hijo de Dios.

Todo su ser debe llevar el sello de este respeto y respirar modestia de los ojos, del porte y de los ademanes. Amigos, grandes del mundo, hasta los mismos ángeles, todo debe eclipsarse ante este sol divino.

Piedad eucarística

La fe nos muestra a Jesucristo no solamente como Dios de majestad, sino también como Dios de bondad, como manantial de toda gracia, de todo don y de todo bien.

La piedad de un alma eucarística debe ir inspirada y alimentada por la Eucaristía y como encerrada en este divino elemento. Todas sus oraciones deben salir de la Eucaristía o ir a parar a ella, todas sus oraciones deben tomar este carácter; este espíritu debe informar todas las virtudes que han de ser, cada cual, en su género, como una variedad de formas del traje eucarístico de Jesús, o como un ejercicio de amor para con Él.

Jesús sacramentado debe ser principio y regla de todas las virtudes y su fin último, como es natural. Puesto que las virtudes de un hijo llevan el carácter de la piedad filial, y todas las acciones de un rey son regias, las virtudes y acciones de un adorador deben ser esencialmente eucarísticas.

Devoción eucarística

La devoción es un entregarse gozoso y constante del amor; nada tan abnegado como un niño; nada tan generoso como una esposa.

La devoción de un adorador debe ser eucarística, es decir, debe orientar toda la generosidad de su alma hacia Jesús sacramentado.

Debe ser del todo eucarística y abrazar cuanto concierne al servicio y a la gloria de Jesús sacramentado.

Debe ser exclusivamente eucarística: la esposa es exclusivamente para su esposo.

Jesús Eucaristía es mi todo: fuera de Él, todo es nada para mí.



Jesús mi fuerza

Dejemos que la Eucaristía
nos ilumine con su gracia
para ser cada día más de Jesús.

Quiero seguir a Jesús sacramentado, darle entera y exclusivamente el corazón y la vida; pero por mí mismo no lo puedo, con mi virtud actual y con mi poder, o, por mejor decir, con la flaqueza del amor que actualmente tengo, no me es posible aspirar a una vocación tan sublime. Necesito que Jesús eucarístico sea luz de mi mente, vida de mi corazón y fuerza de mi voluntad; y todo esto es Jesús para los que con amor le buscan.

Jesús sacramentado, mi luz

Sí, es luz por excelencia para todo hombre que viene a este mundo, luz que ilumina las almas que quieren seguirle; es el sol interior de las almas. Sólo ante el sagrario encontraban los santos aquellas grandes verdades, aquellos rayos de luz, aquella ciencia de Dios tan preciosa y rara que tanto les caracteriza.

En la Eucaristía sigue siendo Jesús el buen maestro que instruye al alma fiel, le revela con dulzura su propia miseria y su nada, y sin discusión, sin nubes y sin esfuerzo le muestra la verdad y con amor manifiéstale su santa voluntad, su beneplácito. ¡Oh, cómo penetran hasta lo más hondo del alma las palabras que interiormente profiere Él! ¡Cuán deliciosamente embargada se siente ella por la hermosura, la verdad; la presencia de Jesús, de su divinidad y de su bondad.

Así veía Magdalena a los pies de Jesús, iluminada con su gracia; así san Juan, adormecido sobre el corazón de Jesús, de donde saca ciencia, dulzura y santa dilección.

Oh Jesús, se mi única luz, mi nube luminosa en el desierto, se mi único maestro, pues no quiero otro.

Se mi única ciencia; fuera de ti todo es nada para mí. Háblame como a los discípulos de Emaús y que mi corazón arda al escucharte.



ADORADORES



“Con Jesús no hay nada que no pueda. [...] Con su auxilio andaré sobre las olas agitadas del mar...”.

Jesús sacramentado, mi fuerza

¡Cuántos sacrificios tengo que hacer para llegar hasta el sagrario! ¡Cuántos lazos por romper! ¡Cuántas cosas por dejar y por sacrificar! ¡Qué inmolación propia más dura y larga la que tengo que comenzar y continuar hasta el último suspiro!

Se aterroriza mi alma, Dios mío, y mi virtud sucumbe. Siento que me faltan alas para volar hasta la cima del monte divino. Todo me asusta: a mí misma me tengo miedo.

Mas Jesús Eucaristía será mi fuerza. La Eucaristía formó a los primeros cristianos, sostuvo a los mártires e inspiró y perfeccionó a las vírgenes.

Con Jesús no hay nada que no pueda. Ayudado de su gracia, tan fácilmente y con tanto gozo inmolaré mi naturaleza como se encadena a un cachorro de león recién nacido.

Con su auxilio andaré sobre las olas agitadas del mar, y por entre leones y dragones pasaré con toda seguridad.

Y lo que es aún más: cuanto más débil sea, tanto más resplandecerá en mí el triunfo de Dios: a Él será atribuida toda su gloria.

Jesús Eucaristía, mi vida

Para que Jesús sacramentado sea mi fuerza, preciso es que sea del todo suya y nada más que suya, preciso es que le dé mi corazón, y con el corazón todos los bienes, todas las alegrías, todos los placeres de este mundo. Un desierto, una casa vacía tiene que ser mi corazón.

El pensamiento de este vacío, de este desierto, de este despojarme, me entristece el corazón. Estas palabras: ¡ya nada! equivalen a una agonía.

Pero Jesús sacramentado lo reemplaza todo. Él es bien supremo, alegría pura, felicidad inefable, y paga con el céntuplo, de un modo infinito...

Sólo el alma amante puede sentir la dicha de esta vida eucarística. Ella todo lo halla en Jesús sacramentado y Jesús es su todo.



Meditar en la hora santa

El Corazón afligido de Jesús, abismo insondable de dolor.

Trasladémonos á Getsemaní, y tratemos de sondear el abismo de dolores en que en este momento se sumerge el Corazón de Jesús. Pero, ¿qué digo? ¿Quién podrá jamás expresar, o solamente concebir la extensión de la desolación de Jesús, desolación mil veces más terrible que todos los suplicios que le esperaban en Jerusalén y sobre el Gólgota, tan violenta, en una palabra, que bastaba para quitarle la vida? Mi alma, dice Él, está triste hasta la muerte.

Pero, ¿por qué no muere? ¡Ah! es que Él mismo retarda su muerte y prolonga su vida para sacrificarla sobre la cruz.

Por la salvación del hombre

Es verdad que en esta desolación extrema un ángel vino del cielo para confortarlo, pero este socorro, lejos de aliviar su pena, sólo la aumentó; el ángel reanima sus fuerzas para ayudarle á sufrir más tiempo por la salvación de los hombres; le da valor representándole la grandeza de los frutos de la pasión, pero sin disminuir nada el dolor. Además, inmediatamente después de la aparición del espíritu celeste, Jesús cae en agonía y suda sangre en tal abundancia, que baña la tierra.

De rodillas ante Jesús
Sacramentado, reflexionemos
en las horas de Su Pasión...

He aquí pues, alma fiel, he aquí la más cruel de todas las horas que el Corazón de Jesús pasó en la tierra: he aquí cómo su dolor llegó al grado supremo. En vista de los tormentos que van á poner término á su vida, se aterroriza hasta tal punto que suplica á su Padre lo libre de ellos: Padre mío, si es posible, aparta de Mí este cáliz. Sin embargo, Jesús no hace precisamente esta oración para escapar al suplicio que le espera, puesto que se ha some-





tido á él voluntariamente; pero quiere hacernos comprender las angustias que experimenta con el pensamiento de una muerte tan amarga según los sentidos; pero, hablando al punto según el espíritu, tanto para conformarse con la voluntad de su Padre como para obtenernos la salvación, objeto de los más ardientes deseos de su divino Corazón, agrega: No obstante, hágase tu voluntad y no la mía y continúa así orando y resignándose durante tres horas: Se pone por tercera vez en oración, repitiendo siempre las mismas palabras.

¡Qué abismo de aflicción debe ser el infierno, puesto que todo un Dios ha querido sumergirse en un océano de

tales amarguras para preservarnos de él! ¡Desgraciados los que serán separados para siempre de Aquel que tanto ha sufrido por salvarlos! ¡Ah! no serán las tinieblas, la infección, los gritos, el fuego, lo que constituirá su infierno, sino el dolor de haber perdido a Dios. Todos los tormentos juntos, dice san Bruno, no podrán igualarse a esta pena. San Juan Crisóstomo asegura que mil infiernos no serán nada en comparación con este tormento. Para darnos alguna idea, consideren que, si se pierde, por ejemplo, una piedra preciosa de valor de cien escudos, se experimenta una gran pena; pero si vale doscientos, la pena será doble, y si fuera cuatrocientos, la pena aumentaría en





proporción; así el pesar que se siente en la pérdida de un objeto, crece en razón de su valor. Ahora bien, ¿qué es lo que ha perdido el condenado? Un bien infinito, que es Dios; la pena que le causa esta pérdida es pues en cierto modo infinita, dice santo Tomás.

En este mundo, sólo las almas santas comprenden esta desgracia. En cuanto a los pecadores, para nada toman en cuenta esta privación; viven meses y años lejos de Dios, y no se inquietan por ello: y ¿porque? porque viven en las tinieblas.

En la hora de la muerte, reconocerán, sin embargo, la grandeza del bien que han perdido por su culpa; pero ¡ay! entonces será tarde, demasiado tarde.

¡Cuán propia es esta consideración para hacerme estimar la hora santa, ya que por medio de este piadoso y saludable ejercicio, podré arrancar muchas almas al infierno! Si me cuesta hacerlo, me diré á mí mismo que es una hora de agonía bien dulce comparada con la agonía de Jesucristo en el Huerto de los Olivos, y con la agonía eterna de los réprobos en el infierno.

Amadísimo Jesús mío, tened piedad de mí, no permitáis que siga correspondiendo á vuestro amor con la ingratitud; ilumíname y dame fuerzas para vencer todo y cumplir tu santa voluntad. Oyeme, te lo suplico, por los méritos de tu pasión.

San Alfonso M. Ligorio

¡Oh! dulce Redentor mío, cuán propia es esta consideración para hacerme estimar la hora santa...





Poetas y escritores
cantaron su fe y ofrecieron
sus palabras para que
nosotros podamos decirle con
ellas al Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Momento eucarístico hecho poesía

¡Santísimo Sacramento!

Luz de mis ojos,
Sol de mi vida.
En cada instante y momento,
mi alma te adora
de amor rendida.
Si los bellos serafines
te aman,
te adoran, allá en el Cielo,
mi corazón que te adora,
te ama y bendice
desde este suelo.
Si supieran los mortales,
la eterna gloria
que en Ti se encierra.
Tan sólo por visitarte ¡ay!
cruzarían toda la Tierra.
En tan augusto Sacramento,
Manjar divino, Pan celestial,
las delicias de la Gloria.
La paz eterna halla el mortal.
Eterna gloria, alabanza,
de amor eterno,
eterno amor, a Ti,
Jesús adorado, Sacramentado
por nuestro amor! (Juana Carou Rodríguez)

Himno eucarístico

¡Oh Cristo sacrificado,
en el Altar (Sagrario)
siempre ofrecido!
Podemos a Ti unirnos
con nuestros gozos
y sacrificios.

Tu Cruz (Hostia)
nos lleva al Cielo
que ya se asoma
a nuestro mundo;
esperamos verte pronto
para gozarte allá sin velos.

Unidos en cuerpo y alma
en el amor que Tú nos das,
queremos que todos sepan
que en Ti se encierra
tanta bondad!

Que eres un Dios cercano,
tan amoroso, tan singular;
que el mundo entero lo crea,
te ame y se rinda
con fe y piedad. (José L. Esteban Vallejo)



ADORADORES

Santo del mes: 10 de mayo, san Juan de Ávila

En su sello personal está la Eucaristía

Celebraba la Eucaristía sin prisas y, a veces, con lágrimas.



Un poco sobre su vida:

San Juan de Ávila

Nacido hacia 1500, en Castilla la Nueva, España, fue sacerdote y uno de los más influyentes y elocuentes referente religioso de la España del siglo XVI. Predicó durante nueve años en Andalucía, fue escritor insigne y dejó famosos tratados de ascética. Murió en 1569. Fue amigo de san Ignacio de Loyola y consejero espiritual de los santos: Teresa, Juan de Dios, Francisco de Borja, Pedro de Alcántara y de Luis de Granada, quien escribió su biografía.

Una de las virtudes principales del padre Juan de Ávila fue su gran amor a la Eucaristía. Ya enfermo, quiso ir a celebrar misa a una ermita, pero por el camino se sintió imposibilitado. Entonces, el Señor se le apareció, en figura de peregrino, y le animó a llegar hasta la meta. En una de las últimas ocasiones en que celebró la misa le habló el crucifijo: “Perdonados te son tus pecados”.

Celebraba la Eucaristía sin prisas y, a veces, con lágrimas. En su sello personal está la Eucaristía.

Se conservan veinticinco sermones suyos sobre la Eucaristía; casi siempre en ellos hace mención de la Virgen en cuyo seno se amasó el “pan” eucarístico. Algunos de sus sermones:

Fuente de toda gracia

“Aunque mucho nos cueste comer con limpieza de conciencia este santo bocado, sufrámoslo todo; pues comiendo bien este celestial Pan que del cielo vino, Jesucristo nuestro Señor, nos convertiremos en Él, y por Él poseeremos por nuestro el corazón de su Eterno Padre, el cual no se contentará con coronar con corona de honra a su Unigénito Hijo, mas hará que desde Él, que es cabeza nuestra, descienda la honra y gloria a sus miembros, que somos nosotros, y desde el cuello hasta la uña del más chico dedo,



“... aquí en el Sacramento hallarás todo eso que ha ya tantos años que pasó; pues ésa es la virtud que tiene este santísimo Sacramento, como la que tenía el maná que cayó del cielo.” (Sermón 41, 215).

nos hermosa, nos cura, nos viste y nos mira como a cosa conjuntísima con su Unigénito Hijo”. (Sermón 34)

Medicina para todo mal

“Que no haya ya queja en ti ni mal, ni desmayo, ni miseria, que no sea bastante el pan de esta mesa que te aparejó Dios para te lo remediar. No puedes estar tan enfermo, que no vayas sano. No tienes tú tantos pecados, cuanto remedio hallarás en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Allí hallarás fuerza contra tus desmayos y perdón de tus pecados. Si fueras tentado, afligido, triste y desconsolado, allí hallarás medicina y verdadera salud de todos sus trabajos y enfermedades; finalmente, no habrá en ti



tanto mal, cuanto bien allí hallarás... El remedio contra todos nuestros males (esto se os asiente en vuestros corazones) Dios- Hombre es... Allégate a Él, recíbelo, que para todo tiene remedio; en todo te ayudará... (Sermón 39)

Cosa nunca oída ni vista, que hallase Dios manera cómo, subiéndose al cielo, se quedase acá su misma persona por presencia real, encerrada y abreviada debajo de unos accidentes de pan y vino; y con inefable amor dio a los sacerdotes ordenados... que, diciendo las palabras que el Señor dijo sobre el pan y vino, hagan cada vez que quisieren lo mismo que el Señor hizo el Jueves Santo (Sermón 35, 217).